179320 — La Época, supl., stgo., 8.VII.90 — 1841-7248

Lugar común: la muerte

Adriana Valdés

Doña Pepita Queirolo, triste cosa es, tenía una mala costumbre, y es que emitía juicios excesivamente definitivos. Sólo dos ejemplos: cuando don David Reveco se murió por fin con su enfisema, doña Pepita dijo 'no ven, por donde pecas pagas'; cuando la inolvidable Rocío Cumbia se nos murió por causa (dicen) de ese tumor interior, doña Pepita dijo 'qué digo yo, por donde pecas pagas'. Ahora bien, si uno fuera malintencionado o amigo de andar pegando en el suelo, tendría para largo comentando la manera como se fue a morir doña Pepita Queirolo.

Quién es quién para andar juzgando muertes ajenas se llama este texto, parte de **Obituario**, un libro irresistible de Andrés Gallardo, editado por el Fondo de Cultura Económica de México. Lo recibí en la fecha de su publicación (agosto de 1989), con una décima por dedicatoria. (Pienso que la muerte me había dado un aletazo entonces próximo, y me deben haber quedado restos de parálisis ante el tema). Rindo ahora un tardío homenaje a este libro escrito desde Concepción. *Desde dónde*, pregunta básica para mi generación. Desde Concepción, en Chile.

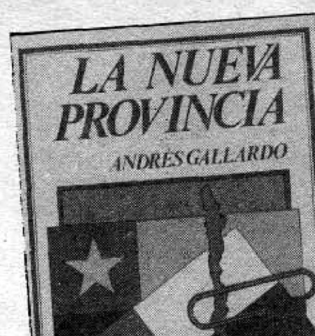
El libro anterior de Andrés Gallardo se llama **La Nueva Provincia** (FCE, México, 1987). Escribir desde la provincia, desde una provincia de lo que Ercilla llamó otra "fértil provincia", en un mundo que insiste en haberse "globalizado", eso hace Andrés Gallardo. Al pasar, en una carta me decía algo que no recuerdo literalmente, pero podría reconstruir en forma aproximada: "así como mis amigas, con el tiempo, se han ido volviendo feministas, así yo, amiga Adriana, me he ido volviendo regionalista". Como yo soy una de esas amigas, y me he ido volviendo feminista —cosas que le pasan a una— y no dejo de pensar en lo curioso del hecho, pienso en el hecho, igualmente curioso, de que este inteligente amigo, originalmente santiaguino, doctorado en Estados Unidos y antes en España, se haya ido volviendo regionalista, y en qué es eso, en una persona con esa inmensa capacidad de ironía.

Desde la provincia

Bueno, lo que es eso se encuentra en **Obituario** y en **La Nueva Provincia** (Antes, también: **Historia de la Literatura y otros cuentos**, Concepción, 1982). La ironía, dicen los tratadistas, tiene que ver con la distancia. Es entonces cuestión de ubicación.

La Nueva Provincia trata de la fundación de la república de Coelemu. Sus autoridades son dos viejos amigos de raigambre rural, por una parte, y de Bouvard y Pécuchet, por otra, y su horizonte, el de las sucesivas oleadas ideológicas de cuanto sucede en la metrópoli. La ironía, repito, es cuestión de distancia, es cuestión de ubicación. El lente disparatado, excéntrico, de esta ubicación crea gozo en la novela. Su lenguaje es cómplice del de sus personajes, lo adopta, lo presenta, lo "mima", dirían —y la doble acepción está muy bien en este caso. En forma impertérrita, como el discurso de las autoridades de Coelemu, es capaz de incorporar (de comerse) todo aquello que tendría que destruirlo, mientras el narrador se hace el inocente, y el lector se ríe. Más de sí mismo que de los personajes, sí. Porque cada oleada ideológica-lingüística que llega a Coelemu es perfectamente reconocible, y una misma, o sus muy prójimos, la han hablado con perfecta sinceridad, o han sido hablados por ella, como se dice ahora.

Lo que queda es lo impertérrito, en realidad. Lo recalcitrante (Leo en un diccionario maravilloso que lo recalcitrante es lo que patea de vuelta, como una mula). Un sustrato fuerte, que no se dice —apenas si accede a la palabra, y sólo a través de frases hechas— y que lo determina todo. La chilenidad rural, tal vez; lo que queda en



ella, a pesar de todos los cambios, en cuanto tiene de firme experiencia provinciana, con sus modestos orgullos y resistencias, y su capacidad fenomenal para sobrevivir a todos los ideologismos y a todos los discursos que querrían incluirla o interpretarla a ella.

El narrador de esta novela es un demonio capaz de ubicarse en los diversos polos de esta realidad cultural multipolar, de calcular sus distancias, de hacer jugar una perspectiva con otra, de trasladarse de una a otra de estas "cátedras paralelas" (título ,por lo demás, de otra de las novelas de Andrés Gallardo, publicada en 1985).

Hoy, hasta mirando hacia Europa hay que volver a considerar la vitalidad de esas perspectivas culturales regionales, que han sobrevivido tercamente a tanto intento de globalización, a tanto sistema de totalización. Ahora, los particularismos se reivindican; se reivindican las diferencias. Forman parte de los nuevos antagonismos —étnicos, urbanos, regionales, de género, de edad— que han pasado a constituirse en protagónicos de nuestras sociedades, ampliando así, decía recientemente Ana Pizarro, un espectro cultural del que el puro análisis de clase no parecía dar cuenta.

Es aquí donde se me puede explicar la frase de la carta de Andrés Gallardo: yo me he ido volviendo feminista, él se ha ido volviendo regionalista; y ambas cosas podrían tener algo en común, a lo mejor, algo así como una actividad casi involuntaria de cambiar la ubicación de la mirada, de irse volviendo excéntricos, de ir armando una mirada al sesgo. Tal vez se trate de la posibilidad de no subsumir las diferencias en un solo discurso *central*, sino de afirmarlas, para que jueguen entre sí... ¿podría ser? ¿Algo así como una cultura que fuera un campo de fuerzas múltiples y diversas, en contactos generadores de energías?

Contar la parca

En *Literatura y Libros* del 20 de mayo, José Donoso terminaba un artículo diciendo que "la verdad se encuentra en las hendiduras casi imperceptibles del texto, no en lo confesado, en lo expuesto en la superficie de lo escrito". Esto, que es cierto en muchos planos, me vuelve a la mente al pensar en **Obituario**.

El juego del libro es el que se aprecia en el texto del principio. Se trata de un libro que cuenta muertes, cuenta cómo posa la gente ante la muerte, cuenta historias muy breves sobre vidas de personas, desde la perspectiva de su muerte. Se trata de difuntos, "empecinadamente chilenos", casi siempre provincianos, "pencopolitanos", provistos de "don" o "doña", y generalmente de los dos apellidos; sujetos tan minuciosamente identificados, que lindan en el anonimato total que producen las listas de registro civil, un poco como los personajes que recogía y presentaba la obra visual de Eugenio Dittborn hace unos años.

Este formato parece ser el de una especie de subsubgénero literario —por llamarlo de alguna manera— que ha servido a la colectividad como discurso estereotipado frente al tema de la muerte. El obituario no consiste en una reflexión privada: tiene que ver con las personas como seres sociales; expresa una valoración colectiva, tiene difusión pública, generalmente por la prensa, y, entre líneas, da ocasión de ver cuáles son las pautas explícitas con que la sociedad juzga y considera a las personas.

El "obituador" —palabra que tomo prestada al prólogo de Patricio Ríos— es entonces un personaje construido a partir de esas pautas, y los estereotipos son su campo de juego. Para no seguir en esto, que podría ser largo, digo que aquí entra la acertada frase de Donoso: para quien quiera explorar ese tejido complejo, subliminal, nunca del todo explicado, de supuestos culturales, étnicos, de clase, de género, en los que nos reconocemos con molestia, risa, orgullo o lo que sea, "la verdad se encuentra en las hendiduras casi imperceptibles del texto, no en lo confesado, en lo expuesto en la superficie de lo escrito".

La lectura del **Obituario** es una aventura que da vergüenza, risa, molestia, ocasional orgullo: es una aventura de un lenguaje que permite el reconocimiento de muchas cosas que son nuestras y chilenas, y que descoloca lugares comunes de algunas *chilenidades canónicas* (pienso en las castrenses, en primer lugar, pero también en las diversas miradas romanticonas, desde las tonadas de mis quince años hasta los inspirados sentimentalismos populistas, raciales *y demás*, como se decía antes, que veo resurgir por todas partes).

Es toda una zona social vista a la vez desde adentro y desde afuera: desde el adentro que permite recoger un mundo en una minucia de palabra, y desde el afuera que permite la distancia, la ironía, y hasta, a la pasada, la feroz compasión, la denuncia. Impertérrito, recalcitrante como las mismas experiencias que recoge, el "obituador" es un personaje de cuidado. Habrá que pensar en él cuando usemos de nuevo, en cualquier escrito, el término *regionalista*. Y habrá que reconocer que habla desde un lugar capaz de hacer ver nuevas dimensiones en el estudio de la literatura chilena.

LIBROS
BUENOS AIRES
LITERATURA
LINGÜISTICA
SOCIOLOGIA
PSICOLOGIA
HISTORIA
Y LIBROS EN GENERAL

Anthony de Mello
Autoliberación Interior
HAY UN LIBRO QUE CAMBIA EL DESTINO DE UN HOMBRE...
VISITENOS EN:
AV. PROVIDENCIA 1547.
FONO: 2258850 STGO.